

AGUILAR Y CÓRDOBA, Diego de, *El Marañón*, estudio, edición y notas de Julián Díez Torres, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2011, 422 pp.

La figura de Lope de Aguirre ha persistido en el imaginario hispanoamericano a través de los siglos, con transformaciones, tradiciones y reinterpretaciones que han enriquecido la producción literaria y cultural en ambas orillas. Dentro del corpus textual dedicado a su figura durante el Siglo de Oro, destaca *El Marañón*, de Diego de Aguilar y Córdoba, el cual narra el infausto viaje de don Pedro de Ursúa (del que Aguirre formó parte y llevó a la perdición) por la selva amazónica, buscando el mítico reino de El Dorado, entre fines de 1560 e inicios de 1561. Esta obra no había gozado de una edición crítica y profusamente anotada hasta ahora. Su tradición impresa es breve: durante el siglo XX se publicaron fragmentos de la misma y solo en 1990 apareció una edición, muy meritoria, del texto completo a cargo de Guillermo Lohmann Villena, aunque desde una perspectiva estrictamente documental. Esta nueva edición de *El Marañón*, llevada a cabo por Julián Díez Torres, bebe de una aproximación ecléctica, que conjuga la filología y la historia con herramientas interpretativas provenientes de los estudios coloniales recientes. Cabe resaltar en primer lugar el solvente estudio preliminar que la antecede. En este, el editor ofrece una muy bien documentada síntesis en torno a la vida y obra de Aguilar y cómo estas se entrelazan; la historia de la jornada de Omagua, marco central del relato; una reseña de Lope de Aguirre, en tanto personaje histórico y mito literario; y se cierra con un análisis de los procedimientos narrativos que encierra *El Marañón* y que le otorgan buena parte de su mérito como pieza historiográfica colonial.

Aguilar y Córdoba (1546-1631) poseyó las marcas del intelectual americano clásico, aunque hubiera nacido en la tierra de Séneca: funcionario real y hombre de letras, había marchado a las Indias en su juventud en búsqueda de un mejor porvenir, aprovechando su pertenencia, aunque en una rama menor, a los influyentes Fernández de Córdoba. De esa forma, aprovechando vínculos familiares, logró asentarse en cargos burocráticos diversos dentro de la estructura virreinal. Quizás el más importante, considerando la composición de *El Marañón*, fue su estancia en Huánuco, donde ejerció como alguacil mayor. Más adelante, ingresará al círculo del virrey conde del Villar Dompardo, pariente político, gracias a quien se introduce en la Compañía de Lanzas y Arcabuces de Lima. Luego de este golpe de fortuna, mantuvo sólidas relaciones con todos los virreyes siguientes. El último de ellos que consta le dio mercedes, el Marqués de Montesclaros, lo nombró gobernador de una provincia quiteña. Bien instalado en el ambiente cultural y cortesano del virreinato peruano, Aguilar y Córdoba formó

parte de la Academia Antártica, algunos de cuyos miembros participaron con los textos laudatorios de rigor en los preliminares de *El Marañón*. Confirmado su don literario gracias a la mención cervantina en el célebre «Canto de Calíope» de *La Galatea* (1585), Aguilar ha dejado testimonio de sus buenas letras en *El Marañón* y *La soledad entretenida*, obras ambas de corte histórico y las únicas que se conocen salidas de su pluma, aunque la segunda está perdida y solo se han ubicado fragmentos de la misma a través de la obra del padre Antonio de Calancha.

Como bien lo recoge Díez Torres, detrás de la jornada de Omagua, germen del alzamiento de Aguirre, se encuentran varios propósitos. Uno de ellos, relevante para los conquistadores, era la búsqueda de riquezas asociadas con el mítico reino de El Dorado, en torno a la cual ya se habían formado varias expediciones previas a la de don Pedro de Ursúa. El otro objetivo, pertinente para el virrey Hurtado de Mendoza, era mantener ocupados (si no mandarlos a la muerte) a los soldados veteranos insatisfechos con su fortuna y ociosos, proclives a la rebelión. De allí que varios de los hombres con los que contaba el navarro Ursúa tuvieran un expediente infame y que este pecara de ingenuo pensando que la jornada podía ser exitosa. Entre esa gavilla, destacaba el vascuence Lope de Aguirre, cojo (lo cual lo identificaba con un demonio legendario, el «diablo cojuelo»), económicamente necesitado y resentido con sus jefes. Inclinado a la traición y la violencia desmesurada, Aguirre ya tenía fama de demente, hasta el punto de ser llamado «el loco Aguirre» mucho antes de los hechos que lo hicieron generalmente conocido, los cuales le valieron el mote de «tirano». Por encima del asesinato de su líder y de otros miembros de la expedición, la mayor hazaña de Aguirre quizás haya sido la desnaturalización a la que obligó a sus hombres: la renuncia al vínculo vasallático con la Corona. El procedimiento se encontraba en la mente de otros conquistadores (como Gonzalo Pizarro con su proyecto de erigirse rey del Perú), pero no fue llevado a cabo con el carácter oficial que impregnaba un documento escrito hasta el acto de Lope de Aguirre. Al acta de desnaturalización le siguieron las famosas tres cartas dirigidas al rey Felipe II, de las cuales *El Marañón* solo incluye las dos primeras; refiere Díez Torres que tal vez debido a que estas epístolas circulaban extensamente en la América colonial, como muestra del oprobio al que había llegado el delirante Aguirre, y su inclusión no tenía carácter de mayor exclusividad.

El atrevimiento de Aguirre, motivo de repulsión, supuso a la vez un gran atractivo para la audiencia del Siglo de Oro: el conquistador ingresaba así en el arquetipo del atrevido Eróstrato, quien intenta alcanzar la fama a toda costa, incluso por la vía de la infamia, según él mismo lo había expresado cuando imaginaba el ejemplar castigo que le esperaba cuando fuese vencido. Allí reside la esencia del mito cultural que configura el personaje de Aguirre, movido por la rebeldía más irracional, pero también por el deseo de reconocimiento que guiaba sus acciones crueles. En ese aspecto, resulta interesante comprobar que Aguirre sea más popular en Venezuela (donde es un personaje folclórico más) que en Perú, probablemente porque en este último territorio se contaba con otros conquistadores de sangrienta trayectoria tan o más impresionante, como Francisco de Carvajal, *El demonio de los Andes*. Posteriormente, la recepción del mito de Aguirre se consolidó mucho más ya entre los siglos XIX y XX, cuando se

promueve la figura del guipuzcoano como la de un rebelde con causa: romper el lazo con la Corona lo erige en precursor de la independencia americana.

En lo que se refiere al proceso compositivo de *El Marañón*, el editor analiza su manufactura partiendo de las fuentes empleadas por Aguilar y Córdoba. La principal de ellas es la relación del soldado Francisco Vázquez, redactada con propósitos legales. El análisis de Díez Torres echa luces sobre las pretensiones estéticas (comunes a la historiografía más autorizada de la época) que persigue la escritura de los hechos en las hábiles manos de Aguilar: «Ambos textos [el de Aguilar y el de Vázquez] pertenecen a géneros distintos: el histórico, cultivado desde la distancia por autores con ambiciones literarias, y el de las relaciones judiciales, redactadas por testigos directos a petición de las autoridades» (p. 82). Visto bajo ese prisma, *El Marañón* pertenece al mismo modelo genérico de la *Historia de la Florida* del Inca Garcilaso: recrear hechos históricos con una pátina literaria que ennoblecía e insertaba tanto a los personajes como sus acciones en el marco del decurso de la historia universal. Si en la narración de *La Florida* la causa final del desastre de Hernando de Soto fue la Discordia, como energía que influía, desde el inicio, en los actos humanos; en *El Marañón* la tragedia se cierne sobre la expedición y la injerencia demoníaca se encarna en la figura de Aguirre, el mayor causante de la catástrofe.

En lo que se refiere al cuidado del texto, la edición que presenta Díez Torres sigue los lineamientos del GRISO de la Universidad de Navarra que ahora vienen siendo aplicados, con perspicacia, a textos coloniales dentro de la colección Biblioteca Indiana. De los dos manuscritos de *El Marañón* se edita el que se considera el autógrafo de Aguilar, aunque se incluyen las variantes pertinentes, así como las enmiendas necesarias, tomadas del otro testimonio. Las notas filológicas, tanto como las históricas y las geográficas, son generalmente acertadas y facilitan a la vez que enriquecen la lectura de la obra, sin interrumpirla en demasía; de hecho, se extraña un índice de las mismas al final del volumen. Pertinentes mapas e imágenes, como la de la portada del autógrafo, ilustran tanto el estudio preliminar como el texto de Aguilar. En conclusión, este volumen constituye un magnífico relanzamiento editorial de *El Marañón*, el más elaborado relato de la aventura de Lope de Aguirre producido durante el Siglo de Oro.

Fernando RODRÍGUEZ MANSILLA  
Hobart and William Smith Colleges-Geneva, NY

ASÚA, Miguel de, *La ciencia de Mayo. La cultura científica en el Río de la Plata, 1800-1820*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2010, 251 pp.

Hace algunos años que los estudios históricos, sociales y culturales sobre la ciencia han ido adquiriendo, aunque con mucha lentitud, cierta visibilidad dentro de la actividad de los historiadores en los países americanos. Dentro del desarrollo de esta tendencia en América latina los esfuerzos realizados por la historiografía argentina